

CHALCHIHUECA, igual número de soldados. Un bongo, dos piraguas y tres botes de pescar completaban las embarcaciones que debían proteger el desembarco de las tropas de la nación (1). La marcha de estas fuerzas, y el modo con que lo verificaban, llenaron de entusiasmo á los buenos mexicanos: en esta vez mostró el general Santa-Anna todo su carácter y desplegó su genio y actividad.

Hasta el día 11 no arribó al puerto de Tuxpan esta division, de resultas del temporal que sufrieron en la travesía: algunos buques se dispensaron del convoy, corriendo inminente peligro de caer en poder de los enemigos; no fué así, porque la fortuna nos era propicia. El desembarque de nuestras fuerzas se verificó al momento que ellas arribaron, y el general Santa-Anna, sin perder momento, se puso en marcha para Pueblo-Viejo, resuelto á combatir á los aventureros, antes de que les llegaran nuevos auxilios de la Habana. Cuando se emprendía el movimiento de Tuxpan, Barradas, con la mayor parte de su division, avanzaba sobre Villerías y Altamira, dejando en Tampico una respetable guarnicion. El general D. Manuel Mier y Terán (2), defendía el primer punto y D. Felipe de la Garza el segundo: el enemigo comenzó á avanzar sobre Villerías la noche del 16 de Agosto, y la mañana del día siguiente á las nueve rompió el fuego por el frente y los flancos de un reducto, construido en una angostura del camino que circundaba un espeso bosque. Muy difícil era sostenerse en esta posicion, por la desventaja de que á poco esfuerzo el general español podía voltearla; pero Terán, que era tan perito como experimentado, habia construido á su retaguardia otro parapeto á legua y media del primero, en un desfiladero que solo permitia un ataque de frente: allí se replegó, y desde él continuó batiendo al enemigo. Garza estaba en Altamira con quinientos hombres, y tras de una fortificacion pasagera: se consideró débil y abandonó el punto, mandando que hiciera lo mismo el general Terán á las dos de la

(1) En el capítulo VIII del tomo 2.º de los *Ensayos Históricas de Zavala*, pág. 133, dice que el general Santa-Anna reunió hasta dos mil hombres, y con ellos se embarcó para ir á combatir al enemigo. Esto no es exacto: las fuerzas que yo refiero, y se embarcaron, son tomados de la nota oficial en que se participaba al gobierno el número de aquellas tropas: MIL SESENTA Y CUATRO HOMBRES, era el total de la fuerza que llevó Santa-Anna.

(2) El general de brigada D. Manuel Mier y Terán, cuando estos sucesos, se hallaba reconociendo los límites de la frontera de Tejas y los Estados-Unidos. Había regresado de las Nueces y estaba en Matamoros, cuando recibió una invitacion del general Garza para que corriera á la defensa del país, amagado por los españoles. Hasta el día 15 de Agosto en la tarde, no llegó Terán á Altamira: Garza quiso entregarle el mando por ser general efectivo; pero lo rehusó Terán obstinadamente, y mas bien se puso á sus órdenes como si fuera su subalterno. Inmediatamente se encargó de la defensa del camino que conducia á Altamira.

Cito la fecha en que llegó Terán al campo, y su resistencia á recibirse del mando, porque algunas personas han supuesto que el general Santa-Anna se presentó despues que él en el teatro de los sucesos y le arrebató la direccion: esto es absolutamente falso. Santa-Anna fué nombrado general en jefe de aquella expedicion, y su arribo á Tuxpan con tal investidura, fué el día 11 de Agosto, cinco dias antes de que Terán obsequiara las indicaciones de Garza.

tarde del mismo día 17. Garza se retiró tambien cuatro leguas distante del punto que defendía, situando su campo en medio de los caminos que salen de Altamira para Presas y para Horcacitas. Barradas ocupó el lugar que deseaba, con muy poca pérdida; mas este triunfo le debia costar muy caro, porque se separaba de su cuartel general siete leguas, esponiéndose á ser cortado ó batiendo en detall.

Mientras que el general en jefe enemigo entraba en Altamira, el caudillo de las tropas mexicanas sorprendia la plaza de Tampico, en donde habia dejado Barradas al general D. Miguel Salomon, con una fuerza de quinientos hombres para sostener el punto y el de la Barra. El general Santa-Anna, luego que hubo alistado su division, trató de aprovechar la ausencia de la mayor fuerza enemiga: reunió cuantas canoas y botes pescadores, pudo haber á las manos para pasar el rio Pánuco, y se preparó al asalto de una manera decisiva.

Con el mayor silencio empezó á embarcar su tropa á las diez de la noche del jueves 20 de Agosto: cuando la mayor parte de los soldados mexicanos estaban en el lado de Tampico, á solo distancia de tiro de fusil del campo español, un miliciano cívico á quien era nueva la empresa que se meditaba, disparó un tiro, que fué inmediatamente contestado por el resto del cuerpo en que iba ese inesperto soldado. Descubierta el ardid que habia comenzado á poner en práctica el general Santa-Anna, se hizo indispensable seguir la marcha de frente; sus fuerzas eran doscientos hombres del 3.º de línea; ciento treinta de las compañías de preferencia de los batallones 2.º y 9.º; cuarenta artilleros, algunos cívicos de las cercanías y dos escuadrones con fuerzas pequeñas, de los que pertenecian á Jalapa, Orizava y Veracruz.

Esta fuerza se dividió en tres columnas. Santa-Anna mandó avanzar, y á la una y media de la noche entró á Tampico, arrollando á cuantos enemigos se presentaban. Se disputa palmo á palmo el terreno: los mexicanos sostienen el fuego vivísimo que les hacia el enemigo, á quien en momentos redujo Santa-Anna á los puntos fortificados de la playa, protegidos por las embarcaciones menores que tenian en la boca del rio. El ataque se prolongó hasta las dos de la tarde del 21, hora en que el general Salomon enarboló bandera blanca, pidiendo parlamento para capitular y rendir sus armas.

No bien habia comenzado la conferencia entre los comisionados de una y otra parte, cuando un torbellino de polvo anunciaba que el general Barradas se aproximaba con dos mil quinientos hombres, en auxilio de sus tropas batidas en Tampico. La violenta marcha del invasor, que abandonaba á toda prisa el punto de Altamira, pudo retardarse cuando menos, si el general Garza le hubiera hostilizado por retaguardia como pudo hacerlo, y como se le habia prevenido: tal falta iba á frustrar la victoria ya conseguida con tanto sacrificio y valor, é igualmente comprometia á nuestras fuerzas á una derrota, de la que se salvó por la serenidad y arrojo de su general y de los bizarros soldados que le acompañaban.

En situacion tan crítica, Santa-Anna formó sus tropas y se preparó al combate contra toda la fuerza del enemigo. Barradas se contiene, sorprendido de tanto arrojo; se instruye que Salomon habia pedido parlamento, y que se estaba en aquel acto acordando la capitulacion: no se atrevió á romper el armisticio, y solo se limitó á solicitar una entrevista con el gefe mexicano, en medio de ambas fuerzas: este caudillo accede por el compromiso en que se hallaba.

Toda la conferencia de Barradas se redujo á pedir que se le dejara libre su cuartel general, y que Santa-Anna volviera al suyo para entrar desde allí en contestaciones que evitaran las desgracias de la guerra. Aparentando acceder á las súplicas de Barradas, el general de la república condescendió á volver á su campo, vendiendo como un favor singular lo que imperiosamente ecsigia su comprometida situacion. Santa-Anna, aprovechando la irresolucion de su rival, salió de Tampico con tambor batiente y bandera desplegada, pasando por entre medio de los enemigos, y regresando á Pueblo-Viejo despues de haber dado una leccion terrible á los españoles. Las pérdidas de éstos fueron considerables: las nuestras solo consistieron en diez y siete muertos y cincuenta y cuatro heridos (1).

Las ventajas adquiridas por tal suceso, fueron de la mayor importancia. Los invasores esperaban que los mexicanos les recibieran con arcos triunfales, como á sus redentores que venian á libertarlos del dominio de cuatro ambiciosos: no fué así, y se espantaron de un ataque tan brusco, desesperado y oportuno: la actividad y destreza del general mexicano, así como el valor y decision con que se portaron sus tropas, les enseñaron que habia disciplina, ánimo y ganas de pelear en defensa de la nacionalidad. Un desengaño tan súbito, debia ser el precursor de la ruina y humillacion de los que venian á reconquistarnos. Véamos ahora la série de desventuras que sobrevinieron á los invasores despues de este acontecimiento.

Habiendo abandonado precipitadamente el general Barradas la ciudad de Altamira, para ausiliar al brigadier Salomon que estaba ya capitulando, Santa-Anna se aprovechó del movimiento, y dispuso que el general Terán ocupase el punto, y se apoderase de la artillería y algun armamento que habia dejado Barradas, el que no tuvo tiempo ni aun para quitar del fogon las ollas de los ranchos. Desde aquella fecha los españoles, no se atrevieron á dar un paso fuera del recinto de la ciudad de Tamaulipas y atrincheramientos de la barra, en donde habian construido un fortin para asegurar el puerto. Se guarecian tambien por una línea de redientes que tenian desde su arribo bien artillados con todas las piezas de grueso calibre que ecsistian en la plaza: ademas la

(1) En esta accion murió el teniente coronel D. Lucio Lopez, el capitan del 3.º D. José Garduña, el subteniente D. Manuel Diaz y un paisano, que por patriotismo se mezcló en la compañía de cazadores del 2.º batallon, llamado D. Ramon Castillo. Me complace en citar los nombres de estos ilustres mexicanos, porque con su sangre afirmaron nuestra independecia, y dieron un dia de gloria á la república. El general Santa-Anna estuvo á punto de perecer por un tiro de cañon, de una lancha enemiga al comenzar el asalto.

la fuerza del fortin principal que no bajaba de seiscientos hombres. Encerrado así el invasor, no era posible que desconociera su crítica posicion, la que empeoraba cada dia, no solo por las enfermedades que habian invadido su cuartel general, sino porque cada momento que pasaba, Santa-Anna aumentaria sus fuerzas con las tropas cívicas que debian llegar de San Luis Potosí, Guanajuato y México.

Estos compromisos parece que obligaron á Barradas á proseguir el plan de seduccion que quiso llevar á efecto desde que saltó en tierra, para cumplir la mision que le habia dado el rey Fernando: por medio de entrevistas y ofrecimientos se creia conseguir lo que no era posible por la fuerza. En el tiempo que habia trascurrido desde el último acontecimiento, hasta los primeros dias de Septiembre, el general español solicitó con grande empeño tener una conferencia con el general Santa-Anna; pero éste se negó á dar un paso que le habria hecho pasar á los ojos de los españoles como muy débil y condescendente (1). No admitió, pues, la entrevista, y en la negativa protestó que no escu-

(1) Las cartas en que se solicitaba una entrevista con el general Santa-Anna, fueron las siguientes:

“Sr. D. Antonio Lopez de Santa-Anna.—Tampico de Tamaulipas, 25 de Agosto de 1829.—Muy Sr. mio: V. S. debe estar penetrado de mi honrado proceder, así como lo estoy yo de los sentimientos que animan á V. S. Deseo tener con V. S. una entrevista en el Humo, acompañado de mi secretario político D. Eugenio Aviraneta, para tratar asuntos que le interesan á V. S. y á todos en general.

“Se ofrece de V. S. este su atento servidor q. b. s. m.—Isidro Barradas.”

“Tampico de Tamaulipas, 25 de Agosto de 1829.—Mi estimado amigo: Incluyo á vd. la adjunta carta del señor comandante general. Conviene que nos véamos, hablemos con franqueza solos los tres, y arreglemos algo que redunde en provecho de vd. y de todos en general.

Se va de buena fé; soy su amigo, y nunca capaz de faltar al afecto que profesa á vd. su amigo q. b. s. m.—Eugenio Aviraneta.—Sr. D. Antonio Lopez de Santa-Anna.”

Estas cartas se publicaron en el *Boletin Oficial* del gobierno, núm. 18; del mismo impreso copio las respuestas que dió el general en gefe á los españoles.

“Sr. D. Isidro Barradas.—Pueblo Viejo de Tampico, Agosto 25 de 1829.—Muy señor mio.—Efectivamente no ha padecido V. S. equivocacion al penetrarse del buen concepto que me merece. Desde luego me prestaria gustoso, como ofrecí á V. S., á la entrevista que me pide en su atenta de hoy, si á virtud de la que tuvo V. S. con el señor general Garza, no hubiera prevenido el supremo gobierno que las evitase en lo sucesivo.

“Un extraordinario que me llegó anoche de la capital con fecha 22 del que corre, me trajo la nota indicada, prescribiéndome que no oyese á V. S., si no era para capitular, ó para evacuar el territorio de la república. Yo soy súbdito de un gobierno cuyas órdenes debo obedecer, y no me es permitido infringir en manera alguna. Sin embargo, si V. E. quiere manifestarme oficialmente *esos asuntos interesantes* á que se refiere, yo ofrezco á V. S. que los elevaré al alto conocimiento de S. E. el general presidente, y que apoyaré con la pequeñez de mi influjo, cuanto conozca conviene á los intereses públicos.

“Es de V. E. con la mas alta consideracion su afectísimo servidor q. b. s. m.—Antonio Lopez de Santa-Anna.”

“Sr. D. Eugenio Aviraneta.—Pueblo Viejo, 25 de Agosto de 1829.—Mi estimado amigo: La carta que pongo en contestacion al Sr. brigadier D. Isidro Barradas, penetrará á vd. de las razones que me impiden prestarme á la entrevista á que se contrae vd. en su grata de esta fecha: ellas son poderosas, y convencen de la imposibilidad de que se verifique. Nunca he dudado de la buena fé del Sr. briga-

charía mas proposiciones que aquellas que tuvieran por objeto el reconocimiento de la independencia, la evacuacion pronta del territorio que ocupaban, ó una capitulacion para rendir las armas.

Peró mientras esto pasaba, el caudillo mexicano oficiaba á los gobernadores de los Estados limitrofes y á todas las autoridades subalternas mas inmediatas al teatro de las operaciones, para que auxiliaran con medios de transporte á las divisiones que éstaban en marcha, y tambien se les proveyera de víveres (1). Una comunicacion tras de otra iba hácia el rumbo por donde venian las tropas, á fin de que violentaran sus marchas para estar oportunamente en el lugar del combate; deseaba mas, queria que con la velocidad del rayo llegaran los restos de sus legiones que venian en camino, y con ellas los demas trenes del ejército. Los trabajos de fortificacion los aceleraba con su presencia: y en un desierto, bajo la influencia mortífera de la costa, de dia y de noche se trabajaba sin que á nadie se le permitiera el descanso (2). El enemigo mismo se espantaba á vista de lo que veia en torno suyo: desde sus atrincheramiento contempló Barradas el círculo de Pompilio, que su rival le describia con la espada, y del que no saldria sin haber rendido sus armas y pendones.

dier Barradas, así como vd. no debe dudar de que soy su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.—
Antonio Lopez de Santa-Anna."

En la nota oficial con que el general Santa-Anna dirigió al ministro de la guerra las anteriores cartas, hay una cláusula que revela que su negativa para escuchar confidencialmente al enemigo, partió de él, y no de las prevenciones del ejecutivo. "Yo me prometo, decia en esa nota, fecha 26 de Agosto, que el supremo gobierno *aprobará mi conducta* en este particular, penetrándose de que *mi opinion es que no entremos en ninguna clase de contestaciones* con unos hombres con quienes no debemos hacer otra cosa que lidiar, en estas circunstancias. *Yo no he podido encontrar* un sesgo mas decoroso que el que apunto en mi contestacion, no solo para negarme á la entrevista que me pidió el general español, *sino para hacer ver* que el gobierno mexicano está distante de entrar en transacciones con los enemigos de la independencia."

Barradas queria salir de su situacion por el camino de las entrevistas, y por medio de comunicaciones conciliatorias. En otra nota se verá el desenlace que tuvieron las reiteradas súplicas del enemigo.

(1) Era tal la actividad del Sr. Santa-Anna en aquella ocasion, que mandó fortificar á Altamira, y avanzando mas su línea de ataque, levantó fortificaciones en el parage llamado el Humo, paso de Doña Cecilia, y otros lugares á propósito para cortar completamente al enemigo, quitándoles aun la comunicacion con el fortin que tenian en la barra: el dia 7 de Septiembre por la noche, estaban concluidas todas las fortificaciones, y establecido el plan de ataque. El gobierno habia descuidado nombrar segundo en jefe al ejército de operaciones; mas el general Santa-Anna todo lo tenia presente, y antes de renovar el combate, nombró al general Mier y Terán por su segundo: el ejecutivo aprobó esta disposicion.

(2) En la fecha habia ascendido á general de division el Sr. Santa-Anna: comunmente se cree que este ascenso fué despues de la victoria de Tampico; en esto se padece una equivocacion. El 29 de Agosto fué promovido para dicho empleo. Véase una comunicacion fecha 6 de Septiembre, que está inserta en el *Boletín Oficial* núm. 24, fecha 18 de Septiembre.

VI.

Cuando sucedia esto, nuevos anuncios sobre desembarco de tropas españolas venian á aumentar las aficciones del gobierno, y dar pábulo á la agitacion de los partidos. Algunos partes de las autoridades de Oajaca anunciaron como prócsima una invasion por las costas del mar del Sur: estos rumores tuvieron origen de haberse avistado unas embarcaciones sospechosas en las aguas de Santa Cruz Huatulco y puerto Angel.

La circunstancia de presentarse una fragata y voltegear frente del puerto sin llegar á la bahía, permaneciendo así por mas de cuatro dias, hizo creer que era embarcacion enemiga que estaba en espera de otras. El administrador de la aduana de Huatulco quiso cerciorarse por sí mismo del objeto que tenia aquella barca que no tomaba el puerto; determinó reconocerla, y para esto se embarcó en una canoa con algunos marineros, llevando una bandera blanca para poderse poner al habla. Nunca consiguió su objeto ese empleado, no obstante que por tres veces salió á la mar á mas de doce millas de distancia; cuando se acercaba la canoa á la embarcacion desconocida, esta se hacia mar afuera sin mostrar el pabellon á que pertenecia. El ejecutivo creyó que era evidente el peligro que nos amagaba por ese rumbo: las autoridades del Estado mandaron algunas tropas para guarecer sus costas, y los vecinos de los pueblos comarcanos se alistaron para la defensa nacional.

Por tales temores, el general Guerrero mandó formar un ejército de reserva, que debia situarse en las ciudades de Jalapa, Córdoba y Orizava, desde donde podria hacerse un movimiento sobre las costas del Sur ó del Norte. Este cuerpo de tropas se puso á las órdenes del general vice-presidente D. Anastasio Bustamante, y como su lugar teniente al general de brigada D. José Joaquin de Herrera. Simultáneamente se formó otra division en el Sur á las órdenes del general Montes de Oca, y no satisfecho el ejecutivo con haber organizado tres ejércitos, escitaba á los estados de la federacion para que levantaran numerosas milicias cívicas, pues queria convertir á todas las provincias en un vasto campo de guerra. Quizá cuando Guerrero hacia todos estos aprestos, no se le ocultaba que esos mismos elementos reunidos por su mano con tantos sacrificios serian otras tantas piedras que mas adelante servirian para edificar su sepulcro; pero para él, el honor y la gloria de la patria hablaban mas alto que los intereses personales, y no hay duda que este benemérito mexicano pospuso su conservacion en el poder, á la causa de la nacion.

La creacion de los ejércitos de reserva y el Sur, fué objeto de nuevos ataques al gobierno: la oposicion se empeñó en persuadir que no ecsistia un prócsimo temor de que recibiera mayor número de tropas el general Barradas, ni

que la España mandara mas soldados por otro punto. Un crimen era para esos escritores, el simple hecho de anunciar el ejecutivo los riesgos que corriamos; se le inculpaba por su vigilancia y por sus preparativos para luchar con la potencia á quien se le habia declarado la guerra, y con quien se estaba ya en campaña á las márgenes del Pánuco. ¿Qué habria sido de la república, si se hubieran escuchado á tales escritores, y si los supremos poderes se hubieran entregado á la estúpida confianza que se les predicaba con tanta tenacidad? Que el ejército español, ó mejor dicho, el puñado de soldados que mandaba el brigadier Barradas, nos estarian dominando con la razon del sable. Los que trabajaban para volvernos á uncir al yugo de la antigua metrópoli, olvidaron que los mexicanos habian probado las dulzuras del gran bien de la independencia. Cualesquiera que hubieran sido sus desastres domésticos, no por eso dejarían perder su nacionalidad. Antes habian ensayado sus fuerzas humillando á sus opresores, y sabian por esperiencia lo que valia la constancia y el patriotismo, únicas armas con que en 1821 enviaron mas allá de los mares á los vireyes y á sus satélites.

VII.

A la par de los acontecimientos referidos, seguía en Tamaulipas el entusiasmo por acabar de un golpe con los enemigos. Sin esperar mas las fuerzas que marchaban de algunos Estados, comenzó el general Santa-Anna sus operaciones, para interponerse entre la barra y la ciudad de Tampico; para impedir absolutamente toda comunicacion al invasor, se situaron dos baterías en los puntos llamados de las Piedras y el Humo, quitándoles con esto la navegacion del rio. El general Mier y Terán marchó de Altamira á ocupar una ranchería conocida con el nombre de Doña Cecilia, situada entre el fortin de la barra y Tampico: este movimiento era de tanta importancia, que el general en jefe mexicano esperó un ataque del enemigo con todas sus fuerzas para impedirlo, porque iban á quedar aisladas sus posiciones atrincheradas y espuestas á un ataque sin esperanza de socorro. El 7 se hizo el primer movimiento y el día 8 de Septiembre nuestras tropas aguardaron á los españoles en Doña Cecilia. En menos de veinticuatro horas el general Santa-Anna habia pasado el rio en canoas, conduciendo seiscientos hombres de refuerzo á los mil que ya tenia en dicho punto Terán: llevó tambien sacos á tierra, salchichones y herramientas para fortificarse momentáneamente. A fuerza de trabajo y en pocas horas, consiguió situar á nuestros soldados en un reducido campamento: las tiendas y las barracas les daban abrigo contra los elementos en su esta-

do ordinario; pero era imposible que en la costa pudiera improvisarse otro modo de guarecer á las tropas de los terribles efectos de la inclemencia.

No habia concluido de establecerse el campo, cuando al enemigo se intimó rendición por una nota durísima y amenazante (1). Los españoles estaban en una posicion fatal, no solo militarmente hablando, sino considerando el estado de la moral de los espedicionarios, quienes se encontraban agobiados por la desesperacion, las enfermedades, y las desgracias consiguientes al mal éxito de su empresa; mas si esto era cierto, el general Santa-Anna ponderaba las cosas cuando decia que tenia bloqueados por todas partes á los enemigos, cortádoles todos los auxilios y puesto á cubierto las costas de una nueva tentativa de desembarque. El caudillo mexicano ecsageraba: no tenia mas tropa fuera de su campo que quinientos cívicos en Altamira, incapaces de batirse y por lo que no marcharon con la division del Sr. Terán: menos de trescientos hombres del batallon de Mexitlan, sesenta cívicos del 1.º de México, y cien dragones del 3.º regimiento al mando del general de brigada D. José Velazquez, eran el total de las divisiones que ha-

(1)

Intimacion del general mexicano al español.

“El territorio sagrado de la opulenta México, ha sido invadido por V. S. tan solo por el ominoso y bárbaro derecho de la fuerza: la sangre del mexicano virtuoso é inocente, que defendia sus pátrios lares, ha sido derramada por las huestes de un rey que desconoce el derecho sacrosanto de los pueblos, que sumergiera en época mas triste á su dominacion tirana; y en fin, V. S., obedeciendo al poder absoluto de su dueño, ha puesto en conflagracion y alarma con un puñado de aventureros á ocho millones de habitantes, á ocho millones de libras que han jurado morir mil veces antes de ser esclavos, ni sujetarse á poder alguno extraño; y yo, Sr. general, he tenido el alto-honor de que mi gobierno me haya puesto al frente de numerosas legiones de valientes para vengar en un solo dia tantos ultrages, haciendo víctimas á los que osados cometieron tan injusta agresion.

Cumpliendo con tan caros como precisos deberes, he bloqueado por todas partes á V. S., le he cortado todo auxilio, he puesto á cubierto las costas de una nueva tentativa, y apenas puedo contener el ardor de mis numerosas divisiones que se arrojarán sobre su campo sin dar cuartel á ninguno, si V. S. para evitar tan evidente desgracia no se rinde á discrecion con la fuerza que tiene en esa ciudad de Tampico de Tamaulipas á sus inmediatas órdenes, y de los pocos que guardan el fortin de la barra, pertenecientes á su division, para cuya resolucion le doy el perentorio término de cuarenta y ocho horas, el cual pasado, acometeré á V. S. sin admitir mas parlamentos, ni medio alguno que retarde la justa venganza que reclama el honor mexicano, de los ultrages que le han inferido sus invasores.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo Viejo, Septiembre 8 de 1829, á las 8 de la mañana.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Sr. Brigadier D. Isidro Barradas.”

Es copia.—José Antonio Mejía, secretario.

“La division de mi mando, despues de haber cumplido con honor la mision á que fué destinada de orden del rey mi amo, y deseoso por mi parte de que no se derrame mas sangre entre hermanos, por cuyas venas circula una misma, he determinado evacuar el pais, á cuyo efecto propongo que entre V. S. y yo se celebre un tratado sobre el particular, bajo las bases que se detallarán, nombrándose dos comisionados por cada parte contratante, para que se estienda y ratifique en la forma de estilo, suspendiéndose entretanto todo género de hostilidades, y dejándose franca la comunicacion de este punto con el de la Barra. El portador de este oficio, es el capitán D. Mauficio Castejón.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Tampico de Tamaulipas, 8 de Septiembre de 1829.—Isidro Barradas.—Sr. general D. Antonio Lopez de Santa-Anna.”

Es copia.—José Desiderio Aljovín, secretario.

bian llegado, y el aumento efectivo con que se reforzó al general Santa-Anna para vencer á los invasores.

Marchaba el oficial parlamentario con el pliego de intimacion, cuando al acercarse á la ciudad vió que se enarbolaba bandera blanca, y que un capitán le salia al encuentro con una comunicacion de Barradas para el general Santa-Anna: era la promesa de evacuar la república, y una solicitud de armisticio. La respuesta á esta pretension del enemigo fué repulsada: se le repitió la intimacion y el pliego lo llevó el mismo español que habia mandado el general invasor (1).

(1) "Cuando remitia á V. S. un oficio, en que le intimaba se rindiese á discrecion, respecto á que le tengo por todas partes bloqueado, para en su vez atacarlo con mis divisiones, sedientas de lidiar con los que han osado invadir el territorio sagrado de la república, es entónces cuando llegó á mis manos su nota oficial de hoy, que me fué entregada por el capitán D. Mauricio Casteló, y podria tal vez dudar en la admision de lo que me propone, si no fuera por las últimas terminantes órdenes que de mi gobierno he recibido, las cuales no me permiten otra alternativa que destruir á V. S. completamente por la fuerza de mis armas, hasta no dejar un solo individuo, ú obligarle á que ceda bajo un término perentorio, entregándose á discrecion á la generosidad mexicana, que no puede V. S. de modo alguno dudar se comportará cual siempre lo ha hecho con el soldado inerme y el enemigo rendido. En tal virtud, pues, le adjunto el pliego á que me refiero, y cuyo contenido le rectifico; esperando que V. S., calculando lo critico de su situacion, ceda al imperio de las circunstancias en que se mira, escimiéndome de un derramamiento de sangre, que me será tan preciso como sensible.

Entretanto, he ordenado á las divisiones que circundan á V. S., suspendan las hostilidades por el término que dejo prefijado.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo Viejo, Septiembre 8 de 1829, á las once del día.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Sr. Brigadier D. Isidro Barradas."

Es copia.—José Antonio Mejía, secretario.

"No es la impotencia ni la debilidad la que me ha sugerido á abrir negociaciones para evacuar el país: razones de estado, y el evitar un derramamiento inútil de sangre, es lo que me movió á dar el paso que motiva la contestacion de V. S."

No he podido menos de estrañar que V. S. trate de aventureros y esclavos, á soldados que en tantas batallas y combates han acreditado que prefieren el honor sobre todo. Soldados de un rey y de una nacion tan ilustre y respetada en los anales de la historia, conservamos aquel pundonor militar que no sabe transigir con el oprobio y la ignominia.

La division de mi mando, al partir para este país, ha obedecido las órdenes de su rey, porque era y es su deber hacerlo así. V. S., su gobierno y los pueblos por donde ha transitado, no pueden quejarse con justicia de que haya cometido la mas leve estorsion, porque ha respetado las vidas y propiedades de sus habitantes.

En vista de esto, V. S. es árbitro de elegir, ó una transacion con honor, ó los efectos de que es capaz una division de valientes que dista mucho de llegar al estado en que V. S. la supone, y que prefiere sobre todo sus virtudes militares.

El portador de este pliego es el coronel D. José Miguel Salomon, por cuyo conducto aguardo la resolucion de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general de Tampico de Tamaulipas, 9 de Septiembre de 1829.—Isidro Barradas.—Sr. general D. Antonio Lopez de Santa-Anna."

Es copia.—José Desiderio Aljovín, secretario.

"No la nota de V. S. que recibí la mañana de ayer, ni el creerlo débil ni impotente, motivó la intimacion que le hice antes de que llegara á mis manos su correspondencia, sino el considerarme con fuerzas mas que suficientes para rendirles en sus atrincheramientos, y hacerles sufrir la muerte que

No perdía la esperanza de una transacion el brigadier Barradas. Apenas habia amanecido el día 9 cuando volvió á pedir parlamento, mandando cerca del general Santa-Anna al brigadier D. José Miguel Salomon, anciano respetable, que unia la inteligencia al pundonor mas acendrado. Salomon se esforzó en persuadir la justicia y la conveniencia con que se debia otorgar una suspension de armas: Santa-Anna no se limitó á negarla, sino que añadió que no permitiría mas parlamentarios en su campo, ni otra contestacion que entretuviera sus operaciones, si no era para rendirse á la discrecion del vencedor. Pero esta dura condicion no era posible adoptarla sin deliberar, y la discusion no podia tener lugar en medio de la actitud en que Santa-Anna estaba de llevar el combate, ora á la barra, ora á la ciudad: de un instante á otro aguardaban los españoles el asalto. En tal conflicto, impetró por tercera vez Barradas un armisticio de unas cuantas horas, mientras reunia una junta de guerra para resolverse á tomar cualquiera de los extremos de la disyuntiva que le ponía el general mexicano en la comunicacion de que era conductor el brigadier Salomon. Mañana y tarde se pasó en expectativa del resultado que dieran esas contestaciones: llegaba la noche y con ella un fatal accidente que sobrepujaba al poder humano.

Al ponerse el sol comenzó á soplar una brisa agradable. Nuestros soldados se felicitaban de este refrigerio: creían que era un bien que el cielo les mandaba para templar los ardores del día bajo un clima de fuego. Mas de improviso el ventarrón arrecia cada momento mas y mas hasta convertirse en un furioso huracán, capaz de trastornar las casas y los árboles mas corpulentos y arraigados. Un aguacero tan fuerte como impetuoso aumentó los horrores. Las tiendas de campaña se volaron, y ni vestigios habia de las barracas: las obras

debe esperar el enemigo que se arroja á profanar el suelo sagrado de una nacion culta, valiente y celosa de sus derechos civiles ó independencia política, ni este lenguaje puede serle nuevo á V. S., cuando tal vez de mi lábio escuchará el Sr. coronel Salomon en esa posicion misma que ocupa V. S., el que muy en breve habria sobre sus fuerzas 20,000 mexicanos que impedirian el reembarque de uno solo de los que osaron insultarnos al acometer nuestros pueblos inermes, sojuzgándolos por el derecho bárbaro de la fuerza; así es que sin descender á pormenores de que no es ocasion oportuna para ocuparme, solo le manifestaré, que ejércitos aguerridos de las naciones mas civilizadas y bizarras, han tenido que ceder á la imperiosa necesidad de las superiores fuerzas y ventajas del contrario.

Yo, pues, me hallo respecto de V. S. con bastantes ventajas y superioridad, y de ellos prevalido, le intimo nuevamente escoja entre rendirse á la generosidad mexicana, á fin de que volviera otra vez á su patria natal esos desgraciados que comanda, ó resignarse V. S. á una evidente catástrofe, que experimentará dentro de pocas horas esa division á pesar mio, pero que mis deberes mas precisos me harán ejecutar.

En tal concepto, reitero, pues, á V. S. el contenido de mi nota oficial de ayer, recordándole que mañana á las ocho de ella se concluye el armisticio en que hemos convenido no habiendo tratado nada sobre el particular con el Sr. coronel Salomon, respecto á su ninguna mision para este asunto, segun la nota citada de V. S. de hoy, á que contesto.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo Viejo, Septiembre 9 de 1829.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Sr. brigadier D. Isidro Barradas."

Es copia.—José Desiderio Aljovín, secretario.

de fortificación desaparecieron, llevándose el viento las salchichas y sacos á tierra: las provisiones y alimentos se deshicieron: las municiones se inutilizaron en mas de una mitad: el estrago dispersaba nuestras filas; y en aquella noche terrible parecian los elementos conjurados para hacernos sucumbir antes de pelear. La marea aumentó las aguas del rio y contrarió la corriente de su caja: el Pánuco se desbordó en minutos, y sus aguas invadieron los terrenos donde campaban las tropas de la república: seis pies de altura tenia la inundación; no habia, pues, dónde preservar el armamento y las municiones. Los techos de la choza de Doña Cecilia se arrancaron y á inmensa distancia fueron á caer en pedazos. Entre tantas calamidades el general Santa-Anna y su segundo Mier y Terán, sólo pensaban en salvar á los hombres con fusiles, refugiándolos en el bosque.

Hasta la una del día 10, no minoró la furia de los elementos. Nuestros soldados resistieron el tremendo huracan sin abandonar su posición: fuerza era vencer con tales tropas, cuando ni la tempestad y ni el torbellino les arrancaba del lugar en que habian puesto la planta.

Esta fatal ocurrencia aumentaba los embarazos del general Santa-Anna. Faltaban totalmente recursos con que atender al mantenimiento del soldado: no habia hombres que dedicar á la reposición de las trincheras: los cívicos, gente indisciplinada y colecticia, los mas huyeron á vista de los peligros en esa noche memorable: el ejército todo se encontraba á la intemperie, sumergido en el fango despues de que bajaron las aguas de la marea. ¡No habia un palmo de terreno en que se hiciera lumbre para preparar los alimentos!

Inquieto é impaciente el general Santa-Anna, por tanta desgracia, pasó al campo de Terán á cerciorarse por sí mismo del estado de las tropas y tambien para observar si ellas estaban capaces de sacar partido de la misma calamidad que habia desconcertado sus planes y combinaciones. Durante el temporal los enemigos que ocupaban el fortin de la barra se refugiaron en un monte inmediato para cubrirse de la tormenta: el general en jefe mexicano no quiso dejar escapar la oportunidad de posesionarse de aquel interesante punto. Todas las noticias que habian comunicado las avanzadas de la segunda division, situadas en las chozas inmediatas al fortin, estaban contestes de que el invasor lo habia abandonado. En esta inteligencia dispuso el general Santa-Anna sus columnas para ocupar el fortin si estaba abandonado, ó batir al enemigo antes de que éste reparara los estragos que el huracan habia hecho en su campo.

El intrépido Santa-Anna consideraba el mal que se resultaria á sus tropas abandonadas á la inclemencia; calculaba la lentitud que se ocasionaria á las operaciones de la campaña por las lluvias y la incomunicación de los caminos anegados. Receloso de que se le frustraran completamente sus planes, se resolvió á buscar un resultado pronto, y á todo riesgo, porque la demora habria ocasionado la ruina cierta del ejército. Estas reflexiones, que no se ocultaban á los gefes y oficiales aburridos de fatigas y sufrimientos, igualmente anima-

dos de los deseos mas ardientes de venir á las manos, produjeron tal entusiasmo y decision para el combate que era preciso aprovecharse del momento.

Apenas habian comenzado á moverse los mexicanos sobre el fortin, cuando el general Santa-Anna, adelantándose á sus columnas, se cercioró de que el invasor ocupaba su puesto y se preparaba para defenderse. Las circunstancias de los nuestros eran críticas: el compromiso del caudillo era verdaderamente desesperante. Dos extremos tenia que escoger: ó empeñaba la acción con una tropa que habia estado sumergida hasta la cintura toda una noche en el fango, agobiada de penalidades, ó emprendía la contra-marcha dejando burlado el entusiasmo del soldado, y levantando á la vez el campo de Doña Cecilia. Las inmediatas consecuencias de esto último, habrian sido que los españoles se hubieran vuelto á poner en contacto, que alimentaran esperanza de salvar sus armas de una humillación, porque momentáneamente aguardaban refuerzos y víveres de la Habana (1). El estado de nuestro ejército no mejoraria ni en fuerza ni en medios de conservación, con solo diferir el ataque. En tal conflicto el general Santa-Anna se decidió por el primer extremo y ordenó el asalto del fortin de la Barra.

Dos guerrillas fueron colocadas á vanguardia de las columnas de ataque: una la mandó el teniente coronel D. NICOLAS ACOSTA, y la otra el teniente D. FRANCISCO TAMARIZ: en cinco minutos estos valientes oficiales llegaron á los parapetos del enemigo: las dos columnas les seguian de cerca, la primera dirigida por el teniente coronel D. PEDRO LEMUS, y la segunda por el comandante de batallon D. DOMINGO ANDREIS.

A las dos de la tarde del DIA 10 DE SEPTIEMBRE, comenzó este terrible combate, sostenido por los mexicanos con una intrepidez y audacia pocas veces vista: el que se batia á mas distancia lo hacia á tiro de pistola del primer parapeto; los demas se batian cuerpo á cuerpo: hubo lances hasta de ofenderse con los puños. La artillería enemiga nada obraba sobre nuestros soldados, porque todos estaban mas allá del tiro fijo.

Lemus, Andreis, Acosta y Tamariz, peleaban con un puñado de heroes. Despreciando los fuegos del invasor, se apoderaron en breve tiempo con la mayor intrepidez de los primeros reductos de la fortificación enemiga, saltando su estacada y foso. Los españoles, que sostenian el segundo atrincheramiento situado en la cima de un monte de arena, le tenian bien guarnecido con piezas de batir y fusilería: esta posición dominaba la primera, que habia caído en poder de los mexicanos, por consiguiente el estrago que estos sufrían era terrible. Sin embargo, no abandonaron el punto conquistado: siguió el combate hasta que

(1) El 29 de Septiembre arribó á Tampico una flotilla española al mando del marino D. Francisco de Paula Sevilla, conduciendo víveres y tropas. El general Mier y Terán entró en contestaciones con este gefe: mandó á bordo de la fragata CASILDA, al coronel D. José Batres, para que instruyera al comandante español de la capitulación de las fuerzas expedicionarias. Los temores del general Santa-Anna, y sus deseos de acabar pronto con los invasores, eran nacidos de la certidumbre que tenia de que Barradas seria reforzado, y entonces la lucha, cuando menos, se habria prolongado.